

*PUNTOS DE VISTA Y PERSPECTIVAS ARABES EN LA CRISIS
DEL CERCANO ORIENTE*

Desde que a mitad de mayo comenzó a plantearse con la máxima urgencia la crisis del Cercano Oriente, y mucho más durante los seis días de la rápida guerra del 5 al 10 de junio, entre Israel y los Estados árabes contiguos, surgió la paradoja de que antes de declararse las hostilidades se tratase de ganar la paz. Tanto la paz como la busca de una solución para el problema de la existencia del Estado de Israel, no sólo debían constituir el planteamiento de un posible final, sino que ya eran también un principio.

Todo procedía en lo formal, de que cuando después de la Guerra Mundial de 1914-1919 desapareció en el Mediterráneo Oriental el Imperio-Jalifato de los sultanes turcos, aquel sector del antiguo «Levante» perdió su encuadramiento general y no se le dejó tiempo ni ocasión para crear otro encuadramiento. Los territorios de lengua y tradiciones arábigas en aquel Levante habrían servido para establecer una nueva articulación si hacia mediados del siglo XIX varias grandes potencias europeas no hubiesen estropeado los intentos de formar un sistema político arabizado y renovado desde el Egipto del virrey Mohammed Alí y su hijo Ibrahim. El siglo XX hizo aparecer muchos inesperados idearios políticos como el del turanismo y más tarde el kemalismo turcos, el nacionalismo del Nilo, el segundo panarabismo (federalista), el islamismo depurado de la «Salafiyah», y hasta el primer sionismo filantrópico de pensadores idealistas como Ahad Ha-aam, que no tenía nada que ver con el sionismo agresivo posterior. Pero las potencias aliadas que habían ganado la contienda europea contra el Kaiser, el emperador de Viena y el soberano de Estambul se fabricaron después un Cercano Oriente a su propia medida.

Por ejemplo, respecto a la antigua Palestina, la Declaración Balfour, hecha el 2 de noviembre de 1917 (en nombre del Gobierno británico, y para prometer el establecimiento de un «Hogar judío», Palestina) respondió a una añagaza británica. Hecha pocos días después de haberse hundido en la

revolución de octubre el Imperio de los zares, la Declaración Balfour tuvo como principal objeto que Gran Bretaña compensase la pérdida de su ex-aliada Rusia, atrayéndose a las fuerzas financieras judías de carácter mundial (puesto que la consabida declaración era una carta enviada a Lord Rothschild por el ministro inglés del Exterior). Y el mandato que la Sociedad de Naciones confió a Inglaterra desde 1920, sobre las dos orillas del río Jordán, sirvió de hecho para establecer un poder británico basado en la formación de fuerzas antagónicas, entre las cuales Londres hiciese a la vez de dominador y árbitro. La potencia mandataria trató de que el «Hogar Nacional» de los judíos sionistas fuese uno de los factores de las pugnas comunales, y de un «equilibrio desequilibrado» análogo al que buscaba en la India arrollando a hindúes y musulmanes, unos contra otros.

Muy sabido es que, después de la Segunda Guerra Mundial, el sionismo de los judíos establecidos en Palestina y sus sostenedores fuera de Palestina, se escapó totalmente de la acción inglesa; cuando logró (a la vez) las dos protecciones, de la U. R. S. S. y los Estados Unidos, bajo esa doble garantía el Estado de Israel se hizo posible ya desde 1947. La primera guerra de Israel contra los árabes palestinos y los Estados árabes contiguos, en 1948-1949, tuvo así impulsos exteriores, lo mismo que su participación en la agresión de Suez el 1956 y las actividades anteriores a la lucha del pasado junio.

Considerando a Israel y a su campaña de junio desde los puntos de vista y las perspectivas de los Estados y pueblos que integran el actual mundo árabe, han de tenerse en cuenta los antecedentes de su posición conjunta ante Israel, los de los planteamientos de la urgencia de sus intervenciones después del 15 de mayo, los efectos producidos por la pérdida de los combates, las reuniones para coordinar su política común y las reacciones de reajustes que ahora se imponen a sus regímenes internos.

Respecto a los antecedentes, unas líneas directrices cardinales fueron las de la rueda de Prensa, celebrada en Madrid el 6 de junio, en la embajada de la R. A. U. ante más de cincuenta informadores españoles y extranjeros. A las preguntas que formulaban contestaban los representantes diplomáticos de Egipto, Siria, Jordania, Iraq, Arabia Saudita, Líbano, Argelia, Marruecos y Libia. Tanto la exposición general previa hecha por el consejero de Prensa de la R. A. U. en nombre de los embajadores árabes como la mayor parte de las preguntas formuladas por los periodistas y los informadores de radiodifusión, giraron en torno a dos puntos principales; es decir, la actuación de las grandes po-

tencias y las posiciones de los israelíes y los Estados árabes respecto a la O. N. U.

Sobre el juego de las grandes potencias que han creado a Israel y le sostienen, se hizo constar que la Historia se repite; pues tanto en octubre de 1956 como en junio de 1967, Israel no se habría lanzado al ataque si no hubiese sido sostenido y estimulado sobre todo por los intereses anglosajones, que han querido hacer de Israel una cabeza de puente de los intereses financieros y neo-coloniales en el llamado «Oriente Medio». En cuanto a Israel y la O. N. U. se destacaron varias preguntas, como, por ejemplo: ¿Qué ha hecho Israel de las Resoluciones de las Naciones Unidas en 1947, 1948 y 1949, todas las cuales ha ignorado deliberadamente; así como de las disposiciones del armisticio que estableció el Consejo de Seguridad? Tampoco aplicó nunca Israel las normas dadas por la O. N. U. para que pudiesen regresar a sus hogares los musulmanes y los cristianos palestineses que sumaban más de un millón de refugiados... Los embajadores árabes proclamaron que sus países no querían imponerse por la guerra, sino que buscaban la «reintegración de una paz basada en la soberanía, el derecho y la justicia».

La rapidez, la violencia y la inesperada densidad de la ofensiva bélica israelí desatada contra la R. A. U., Jordania, y después Siria, impidió que los planes y las acciones de conjunto de los países de la Liga Árabe llegasen a articularse; pero en sus líneas generales se confirmó la convicción de que las conveniencias de los grandes poderes mundiales hacían repetirse los efectos dañinos de que entre 1947 y 1949 se hubiese partido y dispersado en trozos confusos la santa Palestina. Sobre eso mismo se leía el 6 de junio en las páginas de la Prensa diaria española más autorizada que «esta misma guerra, once años después», era consecuencia de la forma impuesta y de coacción en que nació el Estado de Israel. «Una arbitraria división de Palestina en dos comunidades; una de las cuales celebraba con alegría la realización de una aspiración mesiánica y la otra tenía que admitir la dolorosa expulsión de más de un millón de almas que perdían sus tierras, sus hogares y su raíz nacional».

Respecto al desarrollo de la guerra del 5-10 de junio, sus fases y su trayectoria, la explicación técnica figura en otras páginas de este número de la REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL. Entre los árabes, uno de los principales efectos fue el de la sorpresa sobrevenida antes de que se hubiesen podido establecer enlaces coordinados y planificados de los frentes militares (que eran discontinuos en torno a Israel), y antes de que hubiesen llegado los contingentes de tropas ofrecidas por países distantes, como Marruecos, Argelia y Túnez. Pero

hubo también entre los árabes más directamente alcanzados otros efectos de confusión, como el de que Israel ganase la batalla de los medios informativos; puesto que en la mayoría de los periódicos y las revistas de los países de Europa. las cantidades más ingentes de informaciones, crónicas y fotografías reflejaban los puntos de vista de Israel y sus sostenedores gracias a los recursos excepcionales de que disponían en las agencias de noticias y en las emisoras radiofónicas.

Así, pues, (y dejando a un lado los aspectos mundiales de la cuestión próximo-oriental en las deliberaciones de la O. N. U.), la tarea más urgente de los Estados árabes después del alto el fuego, fue y sigue siendo la de librar una campaña político-diplomática, en la cual les quedan muchas posibilidades intactas tanto en lo internacional como en lo interarábigo.

La conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los trece Estados de la Liga Árabe, que estuvieron reunidos en Kuwait los días 16 y 18 de junio, no llegó a dar ningún resultado respecto a los objetivos que se proponían y que se habían resumido en tres puntos. El primero era el estudio de la situación interna en cada país después del alto el fuego; el segundo se refería al resultado de las gestiones diplomáticas arábicas más recientes (entre las cuales el viaje a Moscú del coronel Bumedián), y el tercero trataba de la necesidad de establecer un plan de conjunto «para remediar los perjuicios de la agresión». Dada la complejidad de esos tres puntos se convino en no discutir sobre ellos, sino dejarlos para una conferencia «cumbre» de los jefes de Estado; cuya celebración quedó prevista en Jartúm. La necesidad de que los ministros del Exterior fuesen a Nueva York para tomar parte en la Asamblea General de la O. N. U. hizo que las decisiones confirmadas en Kuwait fuesen sobre todos las de sus actitudes comunes con las otras naciones.

La primera decisión se refería a la continuación de la acción coordinada de las representaciones diplomáticas árabes en las capitales de otras naciones, para que sus gestiones con los gobernantes locales se realicen conjuntamente. La segunda confirmaba el anterior acuerdo de los países arábicos petrolíferos, para cortar sus suministros a los Estados que apoyen a Israel. La tercera, a la retirada de los depósitos bancarios árabes existentes en Inglaterra y Norteamérica. La cuarta, a la liquidación de las bases extranjeras enclavadas en territorios arábicos. Aunque varias de estas decisiones ya las habían tomado antes por su cuenta varios gobiernos árabes sueltos, su reiteración de conjunto respondía a un doble efecto verbal de afirmación de posibilidades de *boicots* defensivos como advertencia a los extranjeros y aliento a los compatriotas.

En realidad, la mayor eficacia de la rápida y breve conferencia de Kuwait

estuvo en el simple hecho de su celebración. Después de la sorpresa del ataque de Israel y del corte brusco de una acción bélica árabe demasiado proclamada, pero poco o nada preparada, era indispensable la presentación de un frente único, para sobreponerse al derrumbamiento espiritual (y proclamar que los árabes «sólo han perdido una hora propicia, pero no han perdido el reloj»), como explicó un comentarista norteafricano). En la sesión inaugural de la conferencia, el chej Sabah Al Ahmed Al Gaber, que la presidió, pronunció una alocución diciendo que hoy los árabes tienen que abrir e ir llenando una nueva página de su antigua y densa historia, aprovechando la experiencia de las agresiones recibidas para apretar mucho más la cooperación y la resistencia.

Ha de recordarse que los trece Estados que forman oficialmente la Liga Árabe son siete al este del mar Rojo, y seis en el lado africano. Los primeros, Jordania, Siria, Líbano, Iraq, Kuait, Arabia Saudita y Yemen. Los segundos, Egipto o R. A. U., el Sudán, Libia, Túnez, Argelia y Marruecos. Estos cuatro últimos componen, por otra parte, el grupo geográfico natural de Mágheeb o Maghrib. La Liga tiene como satélites sin territorios actuales a la Organización de liberación de Palestina y la de liberación de Arabia del Sur. Desde marzo cooperan también en varios aspectos algunos minúsculos estadillos del golfo Arábigo, tales como Qatar.

Comentando desde París la evolución de los sucesos del Oriente Cercano, y los límites de la solidaridad árabe, alguno de los más prestigiosos órganos de información de lengua francesa (órgano que no es arábigo) ha dicho en sus columnas que los árabes se unen siempre en las horas críticas. Las diferencias de regímenes entre monarquías y repúblicas, teocracias y democracias, progresismos, comunalismos, tribalismos, etc., pueden ser agudas en los momentos de las prosperidades y las planificaciones, pero se borran ante las amenazas externas. Así, ante Israel y sus apoyos externos, la sensación de una unidad de destinos ha sido uno de los factores fundamentales en la continuidad de la Liga Árabe.

A pesar de los enormes alejamientos geográficos que existen, por ejemplo, entre Marruecos y Kuait, a pesar de que las diferencias de las estructuras sociales son enormes entre sociedades tan extremas como las del Líbano, Argelia, Sudán y Arabia Saudita, y aunque unos países son, sobre todo, agrícolas, otros comerciales, otros petrolíferos, etc., el emplazamiento físico de todos los Estados de lengua árabe se continúa a lo largo de unas extensas zonas climáticas, que de Oeste a Este señalan los mismos contrastes de regadíos y secanos, zonas plétóricas y zonas vacías, con algunos intercalados de

montañas y grandes ciudades. Dichos grandes contrastes son los que hacen que las políticas estatales dependan de coordinar los más dispares desarrollos económico-sociales. Así, en los puntos de la acción común, que los países árabes piensan ejercer después de los *boicots* que varios de ellos han iniciado contra los productos británicos y norteamericanos, obra la convicción de que las independencias políticas están amenazadas cuando no existen las máximas diversificaciones en los proveedores demasiado poderosos. Por ejemplo, en la R. A. U., la ruptura de relaciones comerciales con los Estados Unidos y la Gran Bretaña, está siendo seguida por un empeño de aumentar los intercambios con Francia, Italia, Rusia, España, Suecia, Japón, el Canadá, el Pakistán, etcétera.

Dentro de la repulsa árabe a seguir sosteniendo relaciones comerciales con los países que se consideran ligados a Israel, la que se ha llegado a llamar «guerra del petróleo» ha sido la medida más ruidosa y comentada, pero no la más eficaz. Por ejemplo, Libia, Bahrein y la R. A. U. suspendieron la totalidad de las extracciones en sus pozos, mientras que Argelia, Kuwait y Qatar sólo dejan de dar petróleo a los pro-israelíes, y el Iraq, lo mismo que Arabia Saudita, practican un cierre no del todo completo. En realidad, varios de los países citados pagan con el petróleo la mayor parte de sus gastos oficiales y no podrían resistir muchos meses si los países de Occidente se aprovisionasen con mayor intensidad en el Iraq, Venezuela, la U. R. S. S., etc.

Una eficacia mayor que la de los *boicots* es la que en los países del lado arábigo-oriental se vuelve a los proyectos de federalismos regionales. Por ejemplo, en la radio de Bagdad se recogen y difunden toda clase de opiniones favorables a la agrupación federalista de todos los países que se encuentran alrededor de Israel, o por lo menos de la R. A. U., con Siria, Iraq, Kuwait y lo que queda de Jordania. Al Líbano y Saudía sólo se les pediría una «coordinación exterior». Sudán sólo prestaría una «cooperación árabe» a distancia (como los países magrebíes de Africa del Norte). Al mismo tiempo, en El Cairo, el diario semi-oficial «Al Ahrám» dice que la fuerza de los árabes y el significado de su lucha no dependen de los azares de las batallas ni de la pérdida del material bélico, sino de la movilización de todos los recursos de la «resistencia popular».

Acaso sea una de las mejores explicaciones de la situación, en las reacciones y los contragolpes, el desconcierto y la indignación en los países afectados por el que ha sido calificado como «el drama árabe», la explicación que atiende a las causas profundas en el terreno ideológico y psicológico. Por ejemplo,

hubo un momento en que cuando después de los desastres castrenses en el Sinaí y las colinas sirias, se trató de que desde El Cairo y Damasco se arreglasen con Tel Aviv algunas cuestiones de ayudas a los dañados y dispersos, los egipcios y los sirios alegaban que no podían tratar con Israel, puesto que «Israel no existe». Es que el sentimiento general de recelo, de repulsa y de indignación contra Israel se manifiestan en los países árabes vecinos, no procede de causas estrictamente políticas (tales como los territorios, fronteras, guerras y armisticios, comunicaciones, etc.) como de un principio moral que se refiere a no poder aceptar la existencia de algo que como el Estado de Israel fue concebido, creado, desarrollado y convertido en instrumento de presión, siempre por la fuerza y la imposición de los hechos consumados.

Un reciente juicio imparcial que no procede de los árabes, aunque los árabes lo hayan recibido con toda consideración, ha sido el del conocido historiador británico Dr. Arnold J. Toynbee, quien ha escrito que la mayor gravedad de la existencia de Israel es la de constituir un cuerpo extraño «que ha sido incrustado dentro del mundo árabe, por la fuerza, y a expensas de los árabes». También desde París, entre los sectores eruditos orientalistas abiertos al estudio del arabismo actual, se ha subrayado ahora que Israel es odiado, en primer término, por representar la quintaesencia del colonialismo. Es decir, algo que llega bruscamente desde fuera, para instalarse o imponerse y apoderarse de todo lo apoderable, sin pensar jamás en consultar a los anteriores habitantes del país, ni mucho menos dialogar con ellos para una acción igualitaria. Así, la guerra de Israel ha podido ser explicada como acción imperialista para intentar cortar el camino de varias naciones jóvenes y en trance de desarrollo hacia sus completas emancipaciones.

Como Israel fue establecido en 1947-1948 por el consenso de las grandes potencias, y en 1967 ha recibido desde el exterior la mayor parte de sus elementos de presión, con armas, dinero, técnicos, voluntarios, propaganda, etc., la indignación contra su triunfo momentáneo y su desdén hacia la autoridad de la O. N. U. hace arraigar en los árabes la convicción de que si Israel es malo para ellos, malo será también todo lo que Israel recibe y acumula. En algunos sectores informativos ultrapirenaicos se ha comunicado que la violencia del traumatismo de la derrota militar de junio pueden hacer nacer en los árabes una repulsa global contra toda la tecnología europea. Esta afirmación es exagerada si se toma en sentido literal, puesto que los pueblos árabes no van a parar, sino a reanudar con empeño obras como las de las ingentes presas de regadío, la bonificación de los desiertos, la maciza alfabetización de bases, etc. Pero es,

desde luego, cierto que en el mundo árabe de estas semanas se siente como un reflejo de conciencia la sensación de que los contratiempos después del ataque de Israel pueden ser un castigo de la Providencia por haber efectuado demasiadas concesiones a «ciertas influencias malignas» llegadas por Occidente. Por ejemplo, las de los estilos «capitalistas» y «feudalistas».

Parece seguro que (sea cual sea el resultado de las deliberaciones en la O. N. U. y las conversaciones de los dirigentes mundiales) la evolución inmediata de los Estados de orígenes o mentalidades árabes, va a acelerar su tendencia a la extensión de los sistemas de masas, como el del «socialismo árabe». Así, en la R. A. U., en Siria, en el Iraq, e incluso Argelia, tienden a desarrollarse y fortalecerse varias clases de nuevos encuadramientos y agrupaciones macizas que adoptan formas de organizaciones de resistencia populares. En la R. A. U. parece posible que la actual «Unión Socialista Árabe» se transforme en un partido de cuadros que puedan mover al pueblo entero en caso de necesidad. Algo semejante ocurre en Siria y en Jordania, donde el rey Hussain acentúa actividades de «leader» callejero, mientras que Iraq cuenta ahora con el sostén firme de los antes disidentes kurdos. Hasta en el Líbano, mercantil y burgués, la declaración hecha el 16 de junio por su presidente, Charles Helu, se refiere a aplicar todos los recursos disponibles para una dura lucha de acción nacional contra el enemigo común.

El puesto de cabecera y protagonista sigue correspondiendo a la República Árabe Unida y a su presidente Gamal Abdel Nasser. La renuncia que en la noche del 9 de junio hizo desde las pantallas de la televisión fue un enorme triunfo, a la vez político y espiritual. Su dimisión voluntaria y la sinceridad con que la explicó, no sólo señalaron la firmeza de un gran estadista que sostiene su conducta «en los momentos penosos, lo mismo que en los felices», sino que subrayaron la realidad de que su pueblo le es siempre fiel, y esa fidelidad entusiasta es un factor con el que los países extranjeros y la O. N. U. habrán de contar a cada momento. Porque no sólo para el pueblo egipcio, sino para el conjunto de los países de lengua árabe, Abdel Nasser sigue representando el papel de máximo símbolo humano de un empeño de continuidad.

En realidad, los puntos de vista y las perspectivas del arabismo en estos meses cruciales del verano de 1967, se apoyan sobre todo en una convicción de continuidad y un empeño de resistencia. Unas veces recordando que países como Egipto estuvieron en el comienzo de la Historia, y vieron pasar, extinguirse y borrarse a muchos imperios posteriores. Otras evocando las mayores

creaciones de los primeros Jalifatos del Islam, que fueron creados por árabes. En último término, también se dice que si la emancipación global del «tercer mundo» ex-colonizado se aceleró después de la nacionalización egipcia del canal de Suez, el correr de esta descolonización va a favor de los ex-colonizados y no de las grandes potencias. Los países árabes están ahora convencidos de que el tiempo trabaja a su favor porque tienen mayores capacidades de arraigo y de aguante.

Aplicando estas observaciones a todo el devenir del Cercano Oriente, y sobre todo al conflicto entre los Estados árabes e Israel, es evidente que la permanencia de Abdel Nasser y el apoyo de los otros Gobernantes de los países de la Liga, es precisamente todo lo contrario de una capitulación. Así Israel sólo podrá establecer una paz si los gobernantes sionistas saben borrar las sensaciones de imposición y aceptan un diálogo en el cual las rectificaciones se apoyen en la estricta justicia.

RODOLFO GIL BENUMEYA

